

- (1) Hans, Zbinden, Von den inneren Freiheit (Artemis Verlag, Zürich-Stuttgart, 1948, Kapitel "Schöpferische Musse").
- (2) Alexis de Tocqueville: Über die Demokratie in Amerika, Bd. II. Deutsche Verlag-Anstalt Stuttgart, 1962. N. de la R. La traducción alemana se debe al autor del presente trabajo.
- (3) Paul Niggli: Schulung und Naturerkenntnis. Erlenbach-Zürich, 1954.
- (4) Kurt A. Körber: Bulletin des Wirtschaftsring, 1961/IX, Bonn.
- (5) En lo que atañe a la problemática médica y psicológica de la semana de cinco días véase, del autor: "Humanismus der Wirtschaft" (Francke Verlag, Bern-München, 1963, Kap. "Sozialprobleme der Erholung").
- (6) Citado de Hans Zbinden, Schulnöte der Gegenwart (Artemis Verlag, Zürich, 1955).

ANTECEDENTES PARA EL ESTUDIO DE LAS ACADEMIAS RENACENTISTAS

por el prof. LUIS ADVIS

Del Conservatorio Nacional de Música de la U. de Ch.

El término Academia se utilizó durante el Renacimiento para designar diversas formas de congregación que, por su propia naturaleza, nada o muy poco tenían que ver con el sentido griego de Academia. Sin embargo, a mediados del siglo xv encontramos en Florencia una institución, en muchos aspectos semejante a la fundada por Platón la que, acercándose así más a su arquetipo, toma el nombre de Academia Platónica Florentina.

Como caso especial dentro del Renacimiento, profundamente diversa de asociaciones de igual apelativo, nos interesa conocer por el momento hasta qué punto ella estuvo precedida por instituciones semejantes, así como también su proceso de gestación, el que está vinculado al momento intelectual y social de la Italia del siglo xiv. Estas bases nos permitirán explicar la emergencia de congregaciones homónimas.

El estudio de las Academias en la Italia del Renacimiento ha comportado una serie de restricciones y exageraciones en lo que se refiere a su contenido, a causa de la tendencia, en los estudiosos, a un excesivo nacionalismo o a una equivocada exégesis de las fuentes históricas. Son típicas por ejemplo durante el pasado siglo, opiniones como la siguiente: *L'Italia, madre in ogni tempo e nutrice d'alti e nobili ingegni; l'Italia, solita a precedere alle altre nazioni colla fiaccola illuminatrice degl'intelletti; l'Italia fu quella che dié al mondo i primi esempi de tali istituzioni... nel xv secolo*, en que la falta de sentido histórico se conjuga con un ingenuo romanticismo; o bien, interpretaciones exageradas y absolutamente erróneas que llevan a concluir que es tan antiguo el origen de las Academias que se podría decir que nacieron con el mundo mismo, siendo desde el principio aceptadas por todos los pueblos y naciones.

Dejando de lado opiniones del tipo de las recién ci-

tadas, debemos comprobar el hecho que las Academias concebidas, sea como una libre asociación de eruditos y literatos reunidos en torno a un príncipe munífico o a un privado insigne (caso de las Academias del siglo xv), sea como una reunión de poetas con la finalidad de lectura y crítica de sus producciones (caso de las Academias literarias del siglo xvi), sea como una corporación de doctos que se imponen ciertas reglas y proponen desarrollar determinado programa (caso de las Academias científicas del siglo xvii), no faltaron en Europa antes del siglo xv y fuera de Italia. A través de esto mismo pretendemos evidenciar también que las instituciones medievales semejantes constituyen fenómenos esporádicos que nada tienen que ver con la franca emergencia de las Academias del siglo xv; aislamiento que es aún mayor cuando se logra acreditar que la mayor parte de las asociaciones así mentadas pertenecen a la fantasía de algunos historiadores o a alguna equivocada interpretación de los textos que se relacionan con ellas.

En los siglos medievales podemos encontrar sin lugar a dudas, dos tipos de asociación que en muchos sentidos se acercan a las Academias Renacentistas. Así, alrededor del 800 se funda la Escuela Palatina de Carlomagno, llamada también Academia de Alcuino.

Las causas que concurren a su formación se nos presentan nítidas; ellas también establecen diferencias respecto de las Academias Renacentistas. Por un lado, Carlomagno, tenía un estrecho contacto con la Curia (depositaria de la tradición clásica); por otro estaba vinculado con los longobardos los que, próximos a Bizancio, poseían una cultura más desarrollada que la de los francos. Si a estos dos hechos agregamos la causal psicológica que se relaciona con la fuerte impresión que producen, en quien los contempla, los monumentos de arquitectura y escultura antigua, será obvio

suponer que el Emperador reconociera cuán profundas eran las lagunas de la cultura franca y cuán mezquinas las condiciones intelectuales de su pueblo. Por este triple estímulo es fácil comprender la fundación de una escuela palatina la que, *last but not least*, lo premunía de un mayor prestigio personal —hecho que denota por lo demás una significativa antelación de ese sentimiento de la gloria, tan propio del hombre renacentista.

También en esta congregación existen algunos aspectos que la conectan estrechamente con la Platónica Florentina. Tenemos por un lado que el método de Alcuino se fundaba en el discurso dialogado (entre maestro y discípulos). En sus libros didácticos encontramos que la consecución del fin pedagógico se podía lograr ya sea con la hábil interrogación al discípulo para guiarlo, por vía de la eliminación, a la verdad; o bien con la directa pregunta del discípulo al maestro. El fin pedagógico se podía obtener también a través de la discusión entre los mismos alumnos, con un maestro vigilante que debía ayudar en los casos difíciles. Esta forma de enseñanza encontraba la plena aceptación de Carlomagno quien, pese a su ignorancia, poseía la sensatez necesaria para recomendar ese método pues, decía, *sapienter interrogare, docere est*. Las discusiones que surgían en la Academia no sólo estaban relacionadas con la Gramática y la Dialéctica, sino con cuestiones de alta especulación en el campo filosófico, teológico y astronómico. A veces se efectuaban juegos poéticos, lectura y crítica recíproca, o se proponían adivinanzas, con un sentido diferente del mero juego (detalle que es anticipación de ciertas costumbres de la Italia del siglo xiv). Agreguemos a todo esto el mecenazgo de Carlomagno, el trato de “académicos” o “platónicos” que daba Alcuino a sus discípulos, así como la costumbre, generalizada en la Escuela Palatina, de adoptar por sobrenombre el de clásicos griegos o latinos... y tendremos un cercano paralelismo entre esta entidad y la Academia Platónica de Florencia.

Veamos en seguida, y someramente, una institución nacida alrededor de 1323 en Provenza: la “sobregaya companhia dels set Trobadors de Tholoza”, la que por muchos tratadistas es considerada como “la madre de las modernas academias europeas”; opinión exagerada que tiene ciertos visos de realidad si uno se refiere a las Academias Literarias formadas a partir del siglo xvi, pero que no presenta ninguna conexión con el modo de ser de las Florentinas anteriores a ese siglo.

La primera noticia exacta que se tiene de ella figura en un manuscrito publicado en 1885, única fuente existente que nos da luces acerca de su consistencia y propósitos, pero que no nos comunica los anteceden-

tes que concurrieron para su formación, por lo menos en un sentido explícito. Se puede, eso sí, suponer que antes de 1323 algunos poetas se reunían con cierta regularidad para discutir cuestiones de amor (“amors” por ende, de “creación poética”) y decidir las frente a un árbitro, teniendo por objeto el perfeccionamiento, mediante la crítica recíproca, de la propia creación literaria. Se puede suponer también que con la evolución natural de estas reuniones, y frente a la comprobación del estado de decadencia de la poesía provenzal, se decide al fin instituir las juntas periódicas y los concursos anuales (juegos florales) de que nos habla el manuscrito. Estas reuniones tuvieron tal efectividad que al cabo de cierto tiempo las encontramos con un código propio en el que minuciosamente están prescritas las famosas “leys d’amors”. En esto consistió precisamente la sociedad que analizamos: en una corporación de doctos en poesía que luego de los concursos anuales se reunían cada cierto tiempo para redactar y perfeccionar las reglas de la producción poética, con previas discusiones acerca de gramática y literatura y con la finalidad de elevar el nivel de la poesía provenzal, teniendo en cuenta la corrección y la pureza en la expresión.

Durante el siglo xv tiene lugar en las principales ciudades italianas la formación de Academias, instituciones bastante heterogéneas en cuanto a métodos y materias, pero que tienen en común el hecho de constituir sociedades privadas de eruditos, cuyas reuniones periódicas sirven para discutir algunas cuestiones o ensayos, fruto de sus estudios. Los temas de discusión y elaboración se referían sobre todo a diversos aspectos literarios y científicos, por los que existía determinada preferencia según fuera la Academia. Así la de Nápoles (Pontano) y Venecia (Prioli), se ocupaban casi exclusivamente del estudio de la literatura clásica, siendo la mayor parte de sus componentes poetas y literatos. Por otro lado, la Academia de Milán (Sforza) se inclinaba al desarrollo de los estudios científicos, estando constituida por médicos, ingenieros y arquitectos. Si en la Academia de Roma (Leto) se tendió, en su primera etapa, al desarrollo de temas filosóficos, dominó después la orientación científica.

La inquietud filosófica de estas instituciones, así como sus frutos en tal sentido, deja mucho que desear. La presencia de Erasmo en Venecia o de Valla en Roma, no dejó marcas profundas como para incitar a una mayor preocupación por temas de esa índole; menos aún se podía esperar en ciudades en que prácticamente se desconocía el estudio del Griego, constituyendo la presencia de sabios bizantinos como Bessarion o de humanistas italianos como Manetti, hechos lo suficientemente breves como para no poder sembrar la inquietud por la dedicación a estas materias.

Un caso único se nos presenta al fijar nuestra mirada sobre Florencia, así como al estudiar la consistencia de las sociedades o "convegna" que en ella existieron. Además de ser Florencia la primera ciudad italiana en la que se funda una Academia y que nos presenta una ininterrumpida línea de evolución que culmina con la Academia Platónica, es digno también de considerar que, aparte de la adopción de costumbre y métodos propios de la Academia Griega, sus instituciones sabias tienen como carácter fundamental la traducción de textos antiguos, la preocupación por temas metafísicos y la elaboración de sistemas filosóficos, sin impedir esto poder encarar las problemáticas que presentan los más diversos campos del saber. La utilidad de centrar nuestro trabajo en estos hechos y en la evolución social e intelectual que dio margen a la creación de tales instituciones, nos muestra de inmediato el otro beneficio que aporta su estudio, ya que a través de él nos podemos explicar también la emergencia en la Italia del siglo xv de una larga serie de Academias, primeros eslabones de una cadena que se desarrolló generosamente en los siglos posteriores. Antes de fijar los trazos de la evolución de los "convegna", debemos abocarnos al estudio de las causas que hicieron posible su peculiar existencia, motivos generales que se refieren por un lado al nuevo concepto de clase social imperante ya en la Italia del siglo xiv, y por otro, a la necesidad de la complementación intelectual de parte del burgués enriquecido.

Del análisis que hace Burckhardt en la v parte de su obra fundamental, concluimos que a partir del siglo xii las diversiones se hicieron comunes a nobles y burgueses, lo que posteriormente, con el advenimiento definitivo al poder de la nueva oligarquía, sumando a esto el hecho de que la Iglesia concediera prebendas sin tener en cuenta la situación de nobleza del favorecido, se pierde el sentido del linaje como antecedente necesario para la consideración del individuo, llegando inclusive a no importar la ilegitimidad del nacimiento (caso de los "condottieri"). Esta nueva situación del concepto de clase social se expresa a través de opiniones como las de Dante, Sacchetti y Poggio, para quienes la nobleza está ligada más a elementos intelectuales que a otra cosa. Esta igualdad se verifica en el contacto con testimonios históricos y literarios, no por ello menos fidedignos, que nos dan cuenta del tipo de conducta existente entre los integrantes de las tertulias que se acostumbraron durante el siglo xiv; hombres y mujeres que pertenecían a clases sociales diversas pero que, sin embargo, eran aceptados comúnmente porque los valía el talento y la cultura; reuniones donde se alternaba lo grave con lo gracioso, llegándose a veces a un pensar elevado,

digno de los "convegna" del siglo xv. Es en estas sociedades efímeras, fruto de la nueva concepción del valor social, donde podemos encontrar la primera semilla de nuestras Academias.

Sin embargo, antes que nada, debemos explicar la necesidad de afirmación intelectual de la nueva clase poderosa. Von Martin nos presenta en la Primera Parte de su "Sociología del Renacimiento", las razones que motivan esa conjunción feliz de riqueza e inteligencia existente en las cortes renacentistas: al trasladarse el centro económico y social del campo a la ciudad, comienzan a disolverse las formas y concepciones tradicionales; surge la burguesía con los nuevos poderes que da el dinero y la astucia. Al orden establecido por la Iglesia lo sustituye otro que parte del individuo. Si en la Edad Media lo precederó es símbolo de lo sobrenatural, en el Renacimiento el mundo burgués es un mundo "desencantado", donde el individuo interviene consciente de sus propias fuerzas. El Renacimiento deja al mundo sin Dios pero no lo deshumaniza (recordemos el antagonismo con Gilson): la riqueza sigue siendo un medio para obtener libertad e independencia y adquirir prestigio y fama. Los humanistas proveen de una fundamentación teórica las necesidades prácticas del burgués: 1) la negación de los privilegios heredados; 2) el hecho de que la "virtú" está ahora fundada en la capacidad personal; 3) la sustitución de los poderes sobrenaturales por una filosofía "natural" en la que lo burgués cobra la importancia de lo universal. Pero los intereses de la nueva clase van más allá de esta presencia teórica de los humanistas: las conexiones personales entre los burgueses enriquecidos y los humanistas se fundan en una reciprocidad de intereses; toda clase superior necesita tener un "séquito": los representantes de la nueva cultura; y éstos por su parte, por motivos de bienestar económico y estimación social, reciben con agrado esa protección. Agreguemos a todo lo anterior el nuevo concepto de "dignidad", el cual consiste en pensar que un hombre de rango elevado debe tener tal preparación intelectual, que le pueda permitir formar su juicio y aumentar su independencia espiritual. Es en esta afirmación teórica y práctica donde debemos encontrar el segundo puntal que configura definitivamente la aparición de las Academias.

Estas dos causas generales (analizadas a través de Burckhardt y Von Martin) se expresan al estudiar la evolución de los primitivos "convegna", la que sustancialmente se refiere a la transformación, dentro de ellos, del "novelar" como entretención o pasatiempo, en el método socrático de la libre disputa, despojada de los impedimentos formales escolásticos.

En ninguna otra sede del humanismo se puede observar la verdad de nuestras conclusiones como en Flo-

rencia, ciudad que para muchos autores presenta cierta tipicidad propia y única que puede ayudarnos a comprender la totalidad de la época que nos incumbe. Con el nuevo carácter y tendencias de la aristocracia democratizada y la burguesía enriquecida, se puede comprender el surgimiento en esa ciudad de brigadas festivas en las cuales nobles y burgueses no pueden desdeñar la unión con cuentistas y poetas (fines del siglo XIII), y después, cuando la cultura intelectual del gran público no consiste en la amena literatura sino en la erudición humanística, con los doctos y eruditos. En estos "convegni" cada una de las clases contribuía con su parte: los nobles y burgueses con sus villas y jardines proveyendo todos los medios para la grata estada; y los cuentistas y poetas con sus relatos y romances. De estas reuniones, donde participaban hombres y mujeres, nos dan una muestra bastante amplia el "Filocolo" y el "Decameron", así como la obra de Giovanni da Prato llamada por su editor "Il paradiso degli Alberti". Analicemos algunos rasgos de estas fuentes, lo que contribuirá a darnos una idea de la consistencia y proyecciones de estas pequeñas y breves sociedades.

Lo fundamental en el "Filocolo" son los dos elementos intelectuales que comportan las cuestiones de amor: la Propuesta y la Solución. Recordemos ante todo que parte de la cultura general de esa época se refiere a la comprensión de estas cuestiones las que, teniendo su origen en Provenza, constituyen durante el medioevo otoñal y el Renacimiento, una costumbre de alta vigencia en las cortes italianas. En la Propuesta se ven implicadas ciertas exigencias bastante significativas: Fiametta, en el discurso que da comienzo a su reinado, pide a cada uno de los presentes que proponga una cuestión de amor, la que no deberá ser demasiado sutil, pues ello echaría a perder la intención alegre de la reunión, sino más bien bella y adecuada a los propósitos del razonar festivo. Esta actitud de pasatiempo no se encuentra negada por el hecho de presentarse a veces la Propuesta en forma de relato, primera presencia activa de un "novelar" que dominará en todo el "Decameron". Las exigencias se refieren, en síntesis, al interés superficial que debe suscitar en los ayentes la proposición, exigencias que se ven corroboradas en la actitud frente al segundo elemento intelectual del "Filocolo" y que consiste en la Solución del problema planteado (sea en forma de simple cuestión o de "novella") Fiametta agrega al respecto que las respuestas deberán ser livianas (lievi), sin buscar la profundidad de las cuestiones propuestas, lo que comportaría más afán que agrado, pensamiento que se complementa con su discurso final, en el que dice que en la solución de las cuestiones se ha seguido un razonamiento más festivo

que profundo, que el conocimiento de las cosas podría haberles sido útil para responder con mayor cantidad de pruebas y con mayor calidad en el contenido, pero que esto no era necesario en su situación festiva, lo que, en tal caso, hubiera correspondido hacerlo a los filósofos de Atenas.

En el "Decameron", los dos elementos analizados se repiten en sus grandes líneas; las variantes se presentan por la agregación de nuevas exigencias en la forma de tratar los temas. Se puede creer que en este libro el "novelar" representa su parte más frívola. Sin embargo, y en esto diverso del "Filocolo", ya no es el mero entretenerse la intención del relato, sino que existe preferencia por la elección de aquellos cuentos que aportan una utilidad moral (Final de las Jornadas II y IX). Inclusive, el hecho del relato necesita de una seria aplicación intelectual, sobre todo cuando a los futuros narradores se les impone un método determinado en la configuración del cuento (Final de las Jornadas I y IV), preparación que también lleva aparejada la fatiga (Final de las Jornadas VIII y IX). El elemento intelectual nuevo y dominante dentro del "Decameron" es precisamente esta forma metódica y nueva de novelar. A su lado se encuentra, aún débil e indefinido, otro aspecto que en la literatura posterior ocupará un lugar privilegiado: nos referimos al comentario de los auditores que en algunos casos se transforma en verdadera discusión (Tercera novela de la Jornada IV y II, V y X novela de la Jornada X) y a los razonamientos sobre temas que no guardan relación con los narrados en las "novelle" (Introducción a las Jornadas VII y X).

La brigada del "Decameron" presenta muchos puntos de contactos con la del "Filocolo": ambas están relacionadas con el concepto de libre academia literaria, en un sentido amplio, donde se novela y se discute sobre temas propuestos, tratándolos como entretenimiento, sin mayor profundización. En la evolución de los "convegni" es este último elemento el que luego se transformará: si la simple cuestión de amor dió paso al novelar metódico, éste ahora irá desapareciendo para dejar sitio libre a la disputa.

"Il Paradiso degli Alberti" nos da cuenta de una forma de reunión al aire libre en diversos lugares, Poppi y Paradiso, donde se conservan a grandes líneas el modo de ser de los "convegni" recién estudiados, pero en los cuales se patentiza además una nueva actitud intelectual de parte de sus integrantes. Aquí lo tradicional se vincula con el conocido hecho de que los miembros de la reunión se entretienen relatando las "novelle", eligiendo de vez en cuando a alguno de ellos para que presida la alegre compañía y establezca reglas sobre el modo y materias del novelar, que tendrán vigencia durante su período de mando.

Hay ya una nueva actitud frente al relato. Antes se pedía una narración "utile o almeno dilettevole", ahora se la exige "utile e non solamente dilettevole". El requerimiento de determinada utilidad, por ende seriedad, para encarar un tema, está conectado con intenciones que trascienden el mero hecho del relato. Si a veces se novela cuando cesan las discusiones, como un pasatiempo antes de la cena o del descanso nocturno, ahora, más que nunca, se narra para probar una verdad de orden filosófico o científico puesta en duda durante una disputa. El novelar, que ya no forma parte sustancial de estas brigadas, se ha sustituido por conversaciones en las que se razona y sutaliza seriamente; formas de debate que marcan el punto medio en la evolución formadora de las academias filosóficas renacentistas.

Esto no podía ser de otra forma porque, aparte de los nobles y artistas que en ellas participaban, se contaba con la presencia de un Salutati o un Marsili, conscientes ambos del poder formador de la disputa y poseedores de una capacidad de dirección tal, que garantizaba la eficacia de este tipo de discusiones. En ellas intervenían generalmente sólo los hombres y se suscitaban a raíz de algún problema que planteaba el relato, o bien, por el franco deseo de saber de los participantes, los que estaban ciertos de aprender sana doctrina y encontrar alivio "in tanta alta e gentile materia". Los temas de la disputa se desarrollaban dentro de un orden riguroso y erudito, habiendo en este sentido abundancia de citas de Ovidio, Apuleio, San Agustín y otros Padres de la Iglesia, así como del ya entonces clásico Dante. La Propuesta y la Solución que vimos en el "Filocolo" se encaraban con más altas miras, refiriéndose esta vez a materias diversas que iban desde la Arqueología a la Metafísica, llegándose al planteamiento y desarrollo de temas tan renacentistas como el de la dignidad y superioridad del hombre sobre las bestias por estar hecho a imagen y semejanza de Dios y poseer un alma incorruptible e inmortal. No faltan problemas políticos, económicos, físicos, biológicos, éticos y teológicos que están indicando a cada momento que el leit motiv de las reuniones del Paradiso no es otro que la disputa, con preeminencia absoluta sobre el novelar.

Estos "convegni" de fines del siglo XIV, al parecer no eran un fenómeno esporádico, sino sólo un ejemplo de otros semejantes que en aquel tiempo se constituían en Florencia. Esto se puede deducir de una parte del Proemio al Libro III del "Tratado de la Familia", de Alberti (bisnieto del anfitrión de Paradiso) en donde leemos "Messer Antonio... non raro soleva co'suoi studiosi amici in quei nostri bellissimi orti passeggiando disputare, quale fosse stata perdita maggiore, o quella dell'antiquo nostro imperio amplissimo,

o dell'antica nostra gentilissima lingua latina". Si los temas de estas discusiones eran típicamente renacentistas (consideración del latín y de la Antigüedad), se establece entre ellas y los "convegni" boccaccioscos un punto de unión al leerse en el Proemio al Libro I de la obra citada que el mismo Messer Antonio había escrito una obra titulada "Contenzioni amatorie", palabras que nos evocan las "cuestiones de amor" y cuyo contenido pudo haber sido el poético o erudito (esto no se podrá saber nunca), resultado de las brigadas que se reunían en sus jardines, en las que, como en el "Filocolo", esas cuestiones eran propuestas y resueltas. Si bien las reuniones de que da cuenta Boccaccio, así como la periodicidad y multiplicidad de aquellas del Paradiso de fines del siglo XIV, puedan pertenecer al terreno de la suposición (en esto Burckhardt no estaría de acuerdo), queda por lo menos la descripción que da Da Prato, en la que si la presencia de personajes de la talla de un Marsili o un Salutati no presta fe absoluta a la realidad histórica de la narración, por lo menos la califica como una expresión bastante fiel del ambiente que ellos mismos habían logrado crear, ambiente que podemos colegir a través de fuentes más numerosas y menos literarias y que permitió hacer prosperar las reuniones en el claustro de Santo Spirito, primer proyecto de una Academia que constituirá el punto de partida ejemplar para las existentes durante el siglo XV.

Sin embargo, antes de abordar el estudio de este nuevo núcleo que en varios sentidos significa un paso más adelante respecto de las brigadas de Da Prato, debemos tratar de explicar las causas del cambio en el modo de ser de los "convegni" recién analizados. En otras palabras: ¿Por qué esas reuniones, cuyo fin fundamental lo constituía la mera entretención, se fueron transformando en estas otras, cuyos motivos eran los problemas de especulación abstracta?

De las condiciones generales que formaron el cauce para la futura existencia de las Academias y que se referían por un lado a la nueva concepción de lo que es una clase social y por otro, a la afirmación teórica y práctica que los humanistas prestaban al grupo económico dominante, deberemos ahora profundizar la segunda de ellas.

Esta necesidad de justificación acercaba los burgueses a los humanistas. El mayor poder del dinero y del comercio entrañaba reajustes fundamentales en todas las instituciones sociales, demandando a la vez una completa reconstrucción intelectual. La ya poderosa burguesía veía en el nuevo saber la confirmación de sus propias urgencias interiores. Certeramente escribe Randall en el VI Capítulo de "La Formación del Pensamiento Moderno": "El pulido y urbano Cicerón, que había tomado el mundo intelectual de Grecia y

lo había traducido del idioma de la libre e inquisidora Atenas a la lengua romana del mercado y el foro, que había despojado a la sabiduría antropomórfica de Grecia de todo cuanto aleja al espíritu humano de las pasiones y la voluntad de la vida mortal del hombre; este Cicerón se convirtió en el ídolo de aquellos que pasaban sus días en el palacio o en la plaza; y su concepción de la cultura como esencialmente constituida por 'studia humanitatis ac litterarum' era aclamada por quienes no se satisfacían con las 'verdades divinas', de Santo Tomás". La sed de tal doctrina no se podía calmar en la Universidad, sino en los círculos privados de los humanistas, los que ofrecían además una forma menos fatigosa de aprender: la disputa ya no era allí conducida con los pocos gratos medios escolásticos, sino con un método socrático que les permitía apropiarse con mayor facilidad y agrado del nuevo saber. La clase adinerada sentía insatisfacción ante una sabiduría y un método que elocuentemente mostraba su inaplicabilidad en los intereses inmediatos de la compleja vida urbana, de allí que las simples brigadas, una vez que los nobles y burgueses se pusieron en contacto con los doctos, pudieran derivar hacia las eruditas reuniones de las villas y jardines florentinos, constituyéndose así academias libres cuya posterior evolución las hará convertirse en instituciones más rígidas en cuanto a las personas que en ella intervengan y materias que se discutan.

Con todo esto sin embargo, debemos suponer que a pesar de las condiciones intelectuales y sociales existentes en esa ciudad, de ellas no habrían podido derivarse en forma tan manifiesta los hechos que estudiamos, si no es por la presencia de dos hombres que promovieron concretamente la realización de cultos "convegna": Marsili, partícipe asiduo de las reuniones eruditas florentinas y fundador de la primera academia libre renacentista; y Salutati, el más activo impulsor del movimiento académico italiano.

La sociedad que formó Marsili en Santo Spirito constituye, en la evolución histórica del "convegno" erudito, un paso más respecto de las de Poppi y Paradiso, en el sentido de que los jardines se han sustituido por la celda de un humanista, así como por el hecho de excluirse definitivamente todo tema o argumento que no sea erudito. Como en la Academia, en las reuniones de Santo Spirito se discute libremente, aunque no constituye una Academia en el real y propio sentido del término, porque los que toman parte en ella no tienen una instrucción elevada como para que pueda tener lugar una verdadera disputa en la que el argumento erudito se oponga al argumento erudito: los participantes piden la aclaración o solución de una duda o problema, y el más docto (generalmente Marsili) responde. En suma, un maestro ante el cual aque-

llos que lo frecuentan se colocan en la condición de simples discípulos; esto, por otro lado, la asemeja a la escuela medieval, con la restricción de que en ella sólo se dan lecciones regulares sobre determinada materia y cumpliendo un plan temático prefijado. Estas reuniones, en definitiva, tenían el carácter de libre Academia o libre Escuela, cuyo método de discusión las emparentaba con la Universidad, teniendo, eso sí, una mayor libertad en su desarrollo (en el Studio, el que objetaba debía hacerlo según las reglas de la dialéctica escolástica, pudiendo intervenir solamente en determinadas ocasiones, en cambio, en la celda de Marsili la objeción era expuesta de acuerdo con el grado de preparación del objetador, teniendo éste el derecho de intervenir en cualquier momento) lo que quizás daba resultados más agradables y fecundos. Estas reuniones cesan con la muerte de Marsili (1394) y no se habría tenido la ocasión de concretarlas nuevamente en una forma semejante, si no hubiera sido por la continua y encarecida exhortación de Salutati, quien, fiel al recuerdo de su amigo e incapaz por diversas razones de una actividad mayor que la prédica sincera, no se cansará de recomendar a los jóvenes que en ellas habían participado (Niccoli y Rossi) la utilidad de promover el amor por la disputa, con la particular forma que había cobrado en Santo Spirito, único medio para agotar la profundización de un argumento así como para desarrollar la rapidez y agudeza del ingenio.

Al parecer, Salutati no había predicado en un desierto. Allí estaba Florencia, con todos los medios espirituales y materiales dispuestos para una eclosión que haría época. Allí estaba una juventud entusiasta y sensible que se entregaría fervorosamente al nuevo saber. Allí estaban los hombres que comprarían viejos manuscritos, fundarían bibliotecas, perfeccionarían Universidades y darían a los artistas y pensadores los medios para desarrollar y entregar sus potencias creadoras... Todo lo necesario para que se realizara el sueño del viejo Canciller, que con el correr de los años surgiría rico y luminoso.

NOTA

Este trabajo tuvo como punto de partida las ideas o sugerencias que encontramos en el voluminoso estudio de Arnaldo della Torre intitulado "Storia dell'Accademia Platonica di Firenze" (Pubblicazioni del R. Istituto di studi superiori pratici e di perfezionamento, Firenze, 1902). A él se debe que hayamos podido, aquí en Chile, tener contacto con fuentes tan poco accesibles como el manuscrito publicado por Chabaneau (Tolosa, 1885), sobre la Academia de Juegos Florales; y el publicado por Wesselofsky (Boloña, 1867), sobre el texto de "Il Paradiso". Los libros de Burckhardt, Von Martin y Randall, se hallarán en cualquiera buena librería; desearíamos que lo mismo sucediera con el "Tratado de la Familia", lo cual quizá sería demasiado.